

Entre los literatos más olvidados—relativamente á sus méritos—tenemos que contar al ilustre ebanista y poeta, autor de *Los amantes de Teruel*. Fué Hartzenbusch una nueva demostración de que en el teatro son pocos los que entran desde luego con pie seguro. Sus primeras tentativas dramáticas obtuvieron muy mala acogida. El aura del romanticismo sopló favorable para él cuando, en 1837, se halló cubierto de aplausos y de gloria por *Los amantes*. El argumento no sólo pertenecía á la tradición, como el de *El trovador*, de su émulo García Gutiérrez, sino que tenía completos precedentes en nuestra antigua dramaturgia, cosa que no le sucedía al *Trovador*, concebido sobre la base de una vaga leyenda del castillo de la Aljafería, en Zaragoza. Y la suerte de Hartzenbusch fué la de otros muchos autores españoles: que escriben una obra teatral encomiada hasta las nubes y no tienen teatro; que publican una novela ensalzada hiperbólicamente y no son novelistas... Hartzenbusch intentó en vano, no sobrepujarse, igualarse á sí mismo; producir algo que se pareciese, en belleza ó en fortuna, á *Los amantes de Teruel*. Ni aun lisonjeando las pasiones políticas del momento en que escribió, supo conseguirlo. ¿Quién se acuerda hoy de *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, *Primero yo*, *Honorio*, *El bachiller Mendarías*, *La jura en Santa Gadea*, *La muerte de Pelayo*, *La ley de raso*, *Vida por honra*, serie de lienzos que entonces se llamaban *históricos*, y donde lo que menos encontramos es historia, según ahora entendemos el concepto de esta palabra? Hartzenbusch sigue siendo el autor de *Los amantes* y no más. A lo sumo, nos interesan todavía, entre los recuerdos de la niñez, sus comedias de magia, muy divertidas y populares: *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*. Si hubiese que hacer una selección en lo producido por Hartzenbusch, después de *Los amantes* creo que debemos conservar las magias; el abuso que se ha hecho después del género, las ineptias que se han llevado á las tablas, defendidas por el derroche de bengalas, percalina, rasete y piernas, deben probarnos que no es tan fácil componer una comedia de magia decente, bonita, con algún asunto y mucha sal é imaginación, sin más rivales en la escena española (dentro de esta especialidad) que la grimaldesca *Pata de cabra*.

He aquí las ironías del destino literario: de la labor honrada, seria, llena sin duda de intención artística, de su autor á quien nadie discute y á quien se considera como á una de las columnas del teatro castellano en la época romántica, sólo quedan en pie unos gritos de pasión y unos gracejos para chiquillos... Hartzenbusch no es el único ejemplar (en el romanticismo abundan) de escritores que entran en escena con ardiente impulso de juventud, con lirismo y sentimiento, y á quienes poco á poco el clasicismo académico va enfriando y petrificando, hasta dejarles convertidos en estatuas. ¿Quién sabe si tal hubiese sido el destino de Espronceda, á no morir relativamente muy joven?

Las tormentas hacen de las suyas. Este año no sé qué resorte se habrá roto en la altura

(por donde los astros van)

que no se leen sino catástrofes, incendios, erupciones, terremotos, inundaciones, granizadas, calamidades fruto de convulsiones de la naturaleza. La en este particular afortunada región donde veraneo, Galicia, desconoce estos desastres. Aquí no hay temblores de tierra; apenas si por milagro se desborda un río; las lluvias no encharcan los campos; nunca nieva, y son fenómenos inusitados el pedrisco, la manga de agua y la nube de langosta. Alguna compensación habíamos de recibir del cielo, quien nos ha negado la cosecha de aceite y la de vino (al menos en la mayor parte de las cuatro provincias) la naranja y la bellota, la algarroba y la almendra, la granada y el dátil, la pasa y el garbanzo. Sí, la humilde, útil, castiza leguminosa, chuleta de huerta, carne vegetal, *cicer aristinum*, de Linneo, en la cual ha llegado á simbolizarse el sustento de la vida hispánica, no se cría en esta tierra (generalmente, por lo menos). No sufre la humedad el garbanzo: es seco de suyo, y quiere terreno donde no le empape la lluvia. Su carátula (el garbanzo tiene una especie de fisonomía, una «carita de vieja, costilla de ganapán y pico de papagayo» según el popular dichete) no la vemos en esta región sino dentro de los sacos en que los despacha el ultramarino. No conocen los chiquillos gallegos la sencilla y arcaica golosina de los *tostones*, preparados remojando primero el garbanzo en salmuera, tostándolo después en caldera, y dándole un baño de yeso mate y sal..., que el de azúcar ya es regalo de poderosos, refinamiento para delicados. Aquí se con-

forman y chupan los dedos asando una espiga lechal de maíz, y sobre todo juntando palitroques de ramillas rotas por el aire, y formando con hojas muertas una hoguera en que salten las castañas, apenas el primer ábrego de otoño, nuncio ya del invierno, haga caer al suelo, con ruido mate, el fruto envuelto en su abrigado capote impermeable de cuero *mordoré*...

..

Volviendo á las tormentas trágicas, las hay en Madrid, en Bilbao, en Sagunto, en Zamora, en Alcalá de Henares, en Guadalajara. Ya una chispa hace que suenen solos los timbres eléctricos del ministerio de Fomento, y una señora cae desmayada en la antecámara, y la asiste su Excelencia el señor ministro; ya descarga un granizo con piedras como huevos de paloma, y tres hombres, refugiados bajo un árbol, son heridos por el rayo; dos de muerte. Las cosechas son arrasadas; las casas, demolidas; los ganados se dispersan y caen en los precipicios, sin atender á las llamadas del pastor; en las torres de las iglesias, la centella hace estragos; en Bilbao, calles, barrios enteros son navegables, y el agua entra en las habitaciones urbanas con ese sordo, fúnebre chapoteo, que eriza el cabello al más valeroso. ¿De qué sirven el denuevo, la resolución, contra la acometida del agua? Con las inundaciones no se lucha: casi no se puede ni huir. Es la renovación de los terrores del Diluvio, la retirada del hombre ante el elemento desencadenado, subiendo y subiendo hasta situarse en lo más alto, por si no alcanza allí el nivel de las ondas. Bilbao no ha llegado á este caso tristísimo, pero no faltaron mujeres sorprendidas y arrastradas por la corriente, niños arrollados, envueltos en fango que asfixia... El Henares, hinchadas las narices, desbordado, llevaba flotando en su sábana amarillenta animales domésticos, cadáveres de labradores, muebles, tablas, árboles arrancados de cuajo. Sobre los campos, una capa líquida, cenagosa, de tres metros de altura, se extiende uniforme y siniestra. La aridez celtibérica, la escasez de agua, tiene este cruel contrapeso: sed todo el año, y un día del año, la crecida del río...

..

¿Existe alguien nacido en España que no se alegre de todo corazón de otra calamidad, de otro desbordamiento: la insurrección de Cuba?

Aun cuando ya ni nos viene ni nos va nada en el asunto; aun cuando el mal de muchos no sea consuelo de discretos; aun cuando el sentimiento patriótico (que si es un sentimiento, se parecerá á los demás en tener violencias y locuras) ande muy disminuido, habria que ser de corcho para no reirse gozosamente al leer noticias como esta: «Un fuerte destacamento de rebeldes alimenta el propósito de atacar á la capital...» «Ayer atacaron los insurrectos á un tren blindado...»

Donde hubo fuego queda ceniza, y esto de las insurrecciones es un fuego inextinguible acaso en un país en que nuestros yerros y nuestras desdichas dejaron hacerse crónico el desorden. Esto dirán los que todavía, después de haberse arriado en la divina Antilla nuestra bandera, nos culpan de cuanto allí haya de ocurrir en largos años. Y entre tanto, nosotros disfrutaremos de la única compensación que nos resta: ver cómo el enemigo triunfante roe ese hueso que le dejamos entre sus dientes duros y ávidos de *bulldog*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Extraordinario me parece que, dada la escasez de asuntos sensacionales de crónica que sufren los periódicos diarios, en este fin de veraneo, no haya vuelto á levantar cabeza la tan acreditada como temerosa *serpiente de mar*. No sería mucho que hubiésemos tenido noticia de su aparición en las playas de nuestras rías ó en las abras de nuestras costas. Este viejo fantasma de horror, saurio-ofidio gigantesco, recuerdo de los organismos monstruosos del período en que acaso el hombre no habitaba aún la superficie del globo, á falta de colear en las borrascosas extensiones del Océano, colea en la fantasía de los periodistas, obscuro recuerdo de relatos ancestrales, ó percepción confusa de lo que fué y ya no es, pero actúa aún sobre nuestra imaginación. Al cruzar el Atlántico para trasladarse del antiguo al nuevo mundo, más de un viajero creará divisar, entre la bruma, el colosal cuerpo retorcido, la espantable cabeza de la serpiente marina: tantos y tan serios son los testimonios que de su existencia se han recogido, desde la Edad media acá.

..

¿No os ha sucedido á veces titubear, sufrir un instante de penosa incertidumbre, cuando gentes que os merecen fe aseguran una cosa que tenéis por absurda é increíble? Yo he sacado en limpio que nunca debemos comunicar á nadie, lo que se dice á nadie, lo que, siendo cierto para nosotros, pone á dura prueba la ajena credulidad. Quizás la especie humana se ahorre contrariedades y decepciones, si llega á persuadirse de la verdad que encierran las santas palabras: «Mi secreto para mí.» Si alguna cosa extraña nos acaeciese, si un hecho que no explican las leyes naturales actualmente conocidas nos pareciese sin embargo evidente é innegable, procederíamos como filósofos al callárnoslo. Lo que ese hecho nos sugiriese ó enseñase, la cantidad de sentimiento ó de poesía que gracias á él se desarrollase en nuestra alma, se convertiría en paja picada, sería como las serpentinillas y las flores pisoteadas por inmundos pies, al pasar á otros oídos y ser acogido por la risa burda de los escépticos de pan llevar... Además, las impresiones algo singulares ganan, como las esencias, con guardarse cerradas, bien ajustado el tapón, y que sea de cristal esmerilado, porque el corcho es poroso en demasía...

..

Y nadie saque en consecuencia que yo creo en la serpiente. En primer lugar, soy muy poco marinera. Mi viaje más largo por mar ha durado ocho días, que pasé mareada como un cesto, sin asomarme al puente. Aunque la consabida bicha marítima rondase por allí, yo no la hubiese visto. Y á no verla, lo que se dice verla por mis ojos, juro á Dios que no creeré en ella jamás. Eso sí que no. Por lo cual, mi incredulidad lleva trazas de ser eterna.

..

Tal es la inopia de nuevas que interesen (porque el perpetuo degüello de Rusia ya casi no importa, es un resorte que se ha gastado), que hasta se quiso echar mano de una efeméride literaria, el centenario de Hartzenbusch, para sacarle jugo. ¡Y cuidado que le importan poco al público esta clase de efemérides!